

Revista de Literatura Hispanoamericana

No. 43 (2001): 117-125

ISSN 0252-9017

La historia como paradigma socio-cultural en la obra crítica de Octavio Paz

Javier Meneses Linares

Instituto de Investigaciones Literarias y Lingüísticas.

La Universidad del Zulia. Maracaibo- Venezuela

"...Sobre todo y ante todo: debemos concebir modelos de desarrollo viables y menos inhumanos, costosos e insensatos que los actuales. Dije antes que ésta es una tarea urgente: en verdad, es la tarea de nuestro tiempo. "

Octavio Paz

...Los narradores latinoamericanos no escribimos para halagar ni agradar ni para ser queridos, escribimos para indagar y experimentar, para conocer y describir, pero también y sobre todo, para recordar y acaso, así, para sobrevivir... "

Mempo Giardinelli

Resumen

Todas las historias de todos los pueblos, dice Octavio Paz en su obra *Posdata*, son simbólicas. La Historia y sus acontecimientos y protagonistas aluden a otra historia oculta, son manifestaciones visibles de una realidad escondida.

Trataremos de analizar la historia mexicana como paradigma socio-cultural de los pueblos latinoamericanos, partiendo de la obra de uno de los escritores más valiosos e importantes de América Latina: Octavio Paz, para quien las raíces de la cultura nacional mexicana no se buscan en la tradición europea sino en la precolumbina, en la criolla y en la que surge a partir de la revolución. Es en esta tercera sociedad (la que emerge de la revolución) la que posibilita para él una experiencia si se quiere nueva para el continente y su literatura. Nuestra tarea será la de encontrar la significación de esa historia a través de su obra crítica. Para Octavio Paz, la literatura y el contexto socio-cultural que ella compromete, proyectan la imagen de un hombre "histórico" y otro "esencial", definiendo a través de esas imágenes la realidad y el puesto del hombre latinoamericano en esa realidad.

Palabras clave: Escritura, sociedad, historia, escritor, tradición.

Recibido: 18-08-2001 • **Aceptado:** 22-11-2001

History as a Social, Cultural Paradigm in the Critical Work of Octavio Paz

Abstract

All histories of all nations, according to Octavio Paz in his work "Posdata", are symbolic. History, its happening and protagonist, allude to other hidden histories, and are visible manifestations of a hidden reality. We attempt here to analyze Mexican history as a social-cultural paradigm of Latin American peoples, based on the works of one of the most important and valuable Latin American writers: Octavio Paz, for whom the roots of the Mexican national culture is not found in European traditions, but in pre-Colombian, Creole, and post revolutionary experiences. In this third society (the one that emerges from the revolution) he finds it possible to experience a new part of the continent and its literature. Our labor is to find significance in this history through the critical work of Octavio Paz. For Paz, literature and the social-cultural context in which it evolves, project the image of an historical man and an essential man, defined through these images of reality and the place of Latin American literature in this reality.

Key words: Writing, society, history, writer, tradition.

De la nueva historia y del nuevo papel del historiador ... algunas reflexiones sobre el arte de narrar

Estamos de acuerdo que la poesía latinoamericana nace con Rubén Darío, como dice Cobo Borda en un artículo publicado hace ya algunos años en la Revista Nacional de Cultura, mucho más, (estamos de acuerdo) cuando enfatiza que la comprensión de esa poesía, que es también de su historia alcanza su mejor momento con la obra del escritor Mexicano Octavio Paz. Y es que si alguien entendió que las tradiciones

nacionales reaccionan ante el impulso foráneo, enriqueciéndose con su apropiación funcional (una visión no sustituye a la otra: la precisa o la deforma) también es cierto que su propósito central se alimenta con el reiterado afán de indagar en su realidad única instrumentos que le sirvan para descubrir lo propio. La experiencia no ha demostrado que la poesía latinoamericana por ejemplo es tan múltiple, que imposibilita la intención de agruparla por países: una OEA de la poesía puede resultar tan ineficaz como una OEA de la política. Sin embargo, al leerla se

descubren familias de espíritus afines. En los últimos años, historiadores y antropólogos han empezado a tener mayor conciencia de la manera como sus etnografías e historias han sido moldeadas a través de los artificios retóricos y literarios; de igual manera entre los críticos literarios ha crecido el interés por emplear la teoría antropológica y los hechos históricos para reformular nuevas interpretaciones de los textos literarios. Todo esto nos conduce a una etapa extraordinariamente interdisciplinaria: los críticos literarios leemos más historia y los historiadores están recurriendo cada vez más a la literatura; y todos juntos, recurrimos a las herramientas y usos que este siglo que comienza nos suministra: las nuevas tecnologías forman y formarán parte de estos cambios. La convergencia de temas, fuentes y métodos dice Carlos Barros¹, enriquece tanto a la historia como a otras disciplinas sociales. El redescubrimiento de las fuentes de la cultura erudita por parte del historiador, tiene lugar al mismo tiempo que se revalorizan objetos y fuentes culturales que antes eran considerados menores (prensa, fotografía, literatura y arte popular, entre otros), o se negaba simplemente que en verdad

fuesen históricas, como es el caso de la cultura oral o de los documentos personales. Fuentes inexploradas que dan lugar incluso a nuevas subdisciplinas, verbigracia, la historia oral.

Así como se ha presentado siempre el debate entre el pasado y el presente en la reconstrucción del saber histórico, el papel del historiador se ha convertido en objeto de reflexiones y debates. Preguntarse sobre las tendencias y sentidos de la historia como disciplina científica es preguntarse por la filosofía de la historia, por sus contenidos ideológico-políticos; y esto obliga a su vez a plantearse preguntas sobre la cosmovisión y la actitud valorativa del historiador. Hacer investigación histórica no es pues únicamente *saber hacer la investigación o manejar documentos históricos*, implica, también, como dice Bernardo Tovar² -historiador de la Universidad Nacional de Costa Rica- en reciente conferencia, *es interrogarse acerca de su metodología, de su técnica de trabajo, de la actitud que el historiador debe asumir ante los documentos, pareciera como si no fuera necesaria una teoría de la historia*, cuando lo que se encuentra a menudo son referencias metodológicas

1 Carlos Barros. Historia de las mentalidades. www.h-debate.com/barros.htm.

2 Bernardo Tovar. Revista Historia y ficción # 3. Universidad de Tucuman.

sobre el ejercicio empírico del historiador.

El estado actual de la investigación histórica en América Latina pone de relieve la variación de las tendencias de los historiadores y sus disciplinas en las últimas décadas. J.O. Melo identifica al menos tres tendencias relativamente significativas y contradictorias: la historia viene ganando *reconocimiento social*, *reconocimiento académico* y hasta *reconocimiento político* por el propio prestigio de los historiadores. Se ha desarrollado desde la década de los sesenta, una nueva manera de hacer la historia no muy nueva realmente si se miran sus desarrollos en Europa, pero que representa una indiscutible ruptura con la historiografía tradicional, simultáneamente con el afianzamiento de la sociología, la antropología y los virajes de la economía en el mismo período.

La esencia de esta ruptura encaminaba los progresos de la disciplina histórica hacia la acción política directa. Casi todos los historiadores militaban o simpatizaban con la izquierda; hacia la búsqueda de nuevas opciones metodológicas, adoptando instrumentos de análisis enriquecidos por el marxismo principalmente o por teorías económico-so-

ciológicas; a la vez que se exploraban nuevas temáticas.

En el momento actual, logrado el proceso de profesionalización de los historiadores iniciado desde hace tres décadas y conquistadas nuevas técnicas de trabajo documental que superan el viejo empirismo, con la adopción de nuevos modelos teóricos y conceptuales, se perfila la urgencia de repensar el oficio del historiador introduciendo en la agenda su papel como intelectual generador y difusor del saber aprendido, organizador de la sociedad, propulsor de sus transformaciones y agente generador de una nueva cultura. Es perentoria la discusión abierta sobre el historiador y su papel como recreador del conocimiento *histórico humanístico*, con una visión general de los problemas de la producción, de la técnica y de la tecnología, de la realidad que debe transformarse en un ejercicio autónomo, intelectual y ético dentro de la sociedad civil. Me acerco a un historiador -dice Mariano Picón Salas³- en el momento de un enigma ante el futuro de nuestro sistema histórico, para conocer su tan actualizada opinión acerca de una historia más humana y menos tecnificada, porque el enigma de una cuestión como la histórica es

que actuando sobre elementos mucho más diversificados y complejos, está más allá de la técnica, o la técnica debe ser en ella solamente un procedimiento y de ninguna manera un fin exclusivo. Este aparente mundo caótico en el plano del discurso histórico es consecuencia de la crisis de los metarrelatos. Los paradigmas teóricos que dieron sustento a buena parte de la historiografía del siglo XX han cedido el paso, desde la década de los años cincuenta a una historia más popular, con una propuesta metodológica encaminada a rastrear la vida cotidiana con el del estudio de una calle, de una casa o de un barrio. Este fenómeno interesantísimo se ha producido desde Latinoamérica con la proliferación de escritores que se nutren de la historia, que recogen un vasto conjunto de referentes históricos de diferentes momentos de evolución de estas naciones, de las que con frecuencia se dice que no tienen memoria. Estos escritores que destacan las imágenes del pasado con un cedazo distinto al del discurso académico de la historia simplemente porque son filtradas a través de la construcción ficcional o del discurso literario han dado pie para liberar al sujeto historiador del pretérito rigor objetivo de la historia como disciplina académica, dejando bien claro que *"todas las historias de todos los pueblos son simbólicas; quiero decir: la historia y sus acon-*

tecimientos y protagonistas aluden a otra historia oculta, son la manifestación visible de una realidad escondida.. " (Paz, 1990:114). El historiador, por las propias características de la ciencia que estudia, está forzado a ser un hombre de vasta cultura que le posibilitará abordar, en su interrelación dialéctica, todos los sectores del desarrollo histórico. La perspectiva que se ofrece al historiador, dice Carlos Barros, es inmensa, aunque se va a encontrar con que muchos temas que son nuevos para la historia general son antiguos para los historiadores de la literatura o del arte. El historiador no puede olvidarse de los reclamos y la pasión de su tiempo: "(...) No soy un erudito del siglo XIX, sino un escritor del siglo XX que busca en nuestra literatura uno de los signos más expresivos del alma histórica venezolana" (Mariano Picón Salas, 1940: 11). En su formación, el especialista en historia requiere, además, de un sólido dominio historiográfico. No se concibe un historiador en la actualidad que no sea capaz de realizar el análisis historiográfico de las obras, de los historiadores y los problemas históricos a los que se tenga que acercarse en su trabajo. La época de la historia tradicional, de la simple recopilación factual y del aprendizaje memorístico, ha quedado atrás. Esta situación ha puesto en cuestión la validez y solidez de ideas como la

de historia social, ha llevado a la literatura y en menor medida a la antropología a desplazar a la economía y a la sociología como las ciencias con mayor afinidad con el trabajo histórico, y ha debilitado la visión de que el historiador reconstruye, en sus textos, una realidad independiente de la estructura del discurso que elabora.

Por lo tanto, sin buena formación historiográfica sensibilizada, no lograremos promover un buen investigador o profesor o crítico de la historia. La enseñanza de la historia encerrada en el pensamiento conservador de algunas instituciones de Educación Superior, se repite sin atender las demandas y los cambios del presente, abandonando así el diálogo con la modernidad o ¿acaso la post-modernidad? y perdiendo la ocasión para criticar constructivamente las diferencias y contradicciones de esta sociedad moderna.

Antes de continuar hablando de las transformaciones y del valor de la historiografía en la formación del historiador, es necesario hacer una aclaración oportuna: ¿Qué entendemos por historiador? Este término tan utilizado por los que intentamos dedicarnos al estudio de la ciencia histórica, puede tener muy diversas acepciones y es frecuente que al usarlo nos estemos refiriendo a diferentes conceptos, lo que ha ayudado a enriquecer el discurso histórico y a

retrasar el estudio y la mejor comprensión de su importancia. Lo anterior nos da pie para comparar esta actividad con la que realiza, por ejemplo, un paleontólogo. Este, al disponer sus fósiles en una serie temporal no trabaja como historiador, sino como un hombre de ciencia que piensa en forma causi-histórica. Aquí planteamos, siguiendo los postulados de Collingwood, una diferencia importante. El historiador no estudia sólo acontecimientos externos sino que interioriza esas acciones a través de su pensamiento, sentimiento e ideología. "Todo pensar es pensar crítico; por lo tanto, el pensamiento que revive pensamientos pensados los critica al revivirlos" (Collingwood, 1992: 211). Del mismo acontecimiento narrado por dos historiadores resultan versiones distintas condicionadas ideológicamente por que en definitiva *"la historia que vivimos es una escritura; en la escritura de la historia visible debemos leer las metamorfosis y los cambios de la historia invisible. Esa lectura es un desciframiento, la traducción de una traducción: jamás leeremos el original. Cada versión es provisional: el texto cambia sin cesar (aunque quizá siempre dice lo mismo) y de ahí que de tiempo en tiempo se descarten ciertas versiones a favor de otras que, a su vez, antes habían sido descartadas..."* (Paz, 1990: 115). El hecho es que

los referentes son representaciones culturales, productos textuales, según Thomas Lewis. La respuesta debemos buscarla en la otredad del hombre: en su otredad social y en su otredad histórica, producto de las experiencias individuales o las situaciones particulares de cada grupo, reflejadas en su visión del hombre y su mundo. Cada cambio histórico como el que experimentan los pueblos latinoamericanos, no se cumplen sin tormenta o desgarramiento. "Lo nuevo que se impone suscita la nostalgia de lo desaparecido y somete al hombre a otra tensión y choque consigo o con las circunstancias que modelan su vida" (Mariano Picón Salas, 1984: 287).

La Nueva **Historia**...

Algunos especialistas entienden la historiografía como un estudio de la obra escrita de los distintos historiadores. Entre los que se adscriben a esta tendencia podemos citar a E. D. Feuter, F Wagner, Santos Julia y la Dra. Carmen Almodóvar, por sólo citar algunos.

Otros piensan que la historia de la ciencia histórica, se refiere al estudio de un problema muy complicado y amplio, la historia del desarrollo complejo y multifacético de la ciencia histórica.

Ante esta última concepción de la historiografía algunos estudios mar-

xistas, principalmente de la antigua Unión Soviética, plantearon que sólo después del surgimiento del materialismo histórico, es que se podía hablar estructuralmente de una ciencia en relación con la investigación e interpretación de la historia.

Esta situación se ha venido transformando de manera clara en el último decenio. La crisis de los proyectos políticos de orientación izquierdista, que afectó también el aparato editorial y organizativo de sus seguidores más radicales, y que se agudizó con la crisis del muro de Berlín, aceleró un proceso que había ido restando radicalismo a los textos de los historiadores formados en los años sesenta y setenta, muchos de los cuales retornaron a una visión política menos comprometida. La historia, que ya hacía bastante había dejado de ser una guía para la acción, fue perdiendo incluso el matiz de herramienta de lucha cultural, que en nuestra opinión había sido el dominante en América Latina. La crisis de los proyectos políticos de izquierda, el abandono de los grandes paradigmas y la casi total desaparición del marxismo como escuela viva, no produjeron, en parte por razones señaladas anteriormente, cambios muy drásticos en la práctica histórica de nuestros investigadores, a quien le toca la difícil tarea de hacer una historia post-moderna, con sus diferentes y a veces contradicto-

rias encarnaciones -estudios culturales, nueva historia social, estudios de género, etc.- y empezar así, a influir en el trabajo de investigación que se realiza en América Latina.

Una Conclusión adelantada...

Dice Carlos Barros: "La historiografía, como la historia, no se repite más que como comedia o tragedia. Por lo tanto no volverán las grandes escuelas del siglo XX, y menos las del siglo XIX. La salida de nuestra disciplina es hacia delante".

La historia escrita en años recientes cubre un abanico temático cada vez más amplio, sobre todo en los historiadores jóvenes. De algún modo, los estudios de historia económica, social y política estaban referidos a objetos históricos relativamente unificados: los recursos productivos, los conflictos entre grupos sociales, el poder. Relacionado con lo anterior, podemos observar de manera general lo que muchos historiadores han llamado relativo progreso, entendido como algo más que nuevas acciones, nuevos sentimientos, pensamientos o situaciones de un tipo específico; precisamente se trata de nuevos tipos, entendidos como mejoramiento.

La enseñanza de la historia en el mundo de hoy debe partir del principio de la pluralidad cultural del historiador y de las diversas formas en

que ofrezca al mundo el conocimiento histórico.

"A veces temo equivocarme en los recuerdos de los demás y enturbiar su vida con mis recuerdos. Temo también que todo sea a veces lo mismo y que haya una sola historia, repetida y monótona, con discretas variantes. Nuestra vida tan coincidente y yuxtapuesta ¿no será el eco y el anuncio de las otras? Mireille Ingrid, ¿son nuestras coincidencias o espejos diversos de otras nosotras mismas que hubiéramos podido ser, múltiples configuraciones o juegos de luz, violentados personajes con los que ensayamos juntos obras inconclusas, siguiendo guiones desconocidos, tanteando diálogos perdidos? (Ana Teresa Torres, 1997:101).

Ese sentimiento de madurez, esa actitud reflexiva hacia los procesos históricos puede ser el enfoque que nos oriente hoy para llegar a una historia más narrativa sin dejar de ser científica: dedicándonos a explorar nuevas técnicas desarrolladas desde nuestro propio punto de vista y sobre las bases de nuestra propia tradición, estando conscientes de que muchas de las interrogantes no las podemos responder con el material documental que usamos en el pasado y que debemos experimentar con nuevos medios derivados de la antropología, la literatura y las ciencias sociales.

Sabemos -dice Palacios- que los procesos no existen de una vez por

todas en la simple relación de los hechos, sino que necesitan una visión que los configure y una escritura que los teja. El pasado es, por supuesto, siempre infinitamente más de lo que cualquier discurso podría representar. Y una y otra vez el resultado parece ser nuevamente ambiguo: los espera, por supuesto, la derrota, pues nada traerá de vuelta a ese elusivo fantasma de lo que fue, sin embargo es en la ficción donde se nos pone en contacto con un cierto conocimiento y una cierta verdad que ha llamado la atención a la nueva historia que busca afanosamente su relación definitiva con la sociedad.

Mariano Picón Salas sostenía que el nuevo sujeto social es aquel capaz de integrar su educación,

para conquistar con mayor belleza, pasión y libertad lo que le niega el mundo. Las señales son contradictorias, en la historia se habla de imaginarios, para referirse a idea, a representación, a imagen, a mentalidad, a forma de pensamiento, etc; para abarcar cualquier cosa, pero estamos aún muy limitados, porque se está escribiendo a un público conformado por nosotros mismos cuando la idea es otra.

Escuchar las interpelaciones, en este caso, podría ayudar a cimentar una nueva cultura entre el historiador de la sociedad actual y los grupos sociales con los cuales convive, lo que se traduciría en una democratización de la historia y del hombre latinoamericano.

Bibliografía

- BARROS, Carlos. Historia de las Mentalidades y El paradigma común de los historiadores del siglo XX. En WWW.h-debate.comlbarros.htm.
- CARRILLO, José Domingo. *Repertorio Americano*. Universidad Nacional. Nueva Epoca # 8, julio- diciembre de 1999.
- COBO BARDA, J.G.: Octavio Paz y la Poesía Latinoamericana. *Revista Nacional de Cultura*. N° XLVI.
- LOAEZA, Soledad. Octavio Paz: el último intelectual mexicano. En *Revista electrónica Especulo*.
- MARDONES, J.M. *Post-modernidad y neoconservadurismo*. Estella, EUD, 1996.
- MELO, Jorge Orlando. De la nueva historia a la historia fragmentada. *Boletín Cultural y Bibliográfico*. Volumen XXXVI # 50-51. 1999.
- PAZ, Octavio: Posdata. Editorial: siglo XXI. 1990.
- PICÓN SALAS, Mariano. Ensayos *Escogidos*. Santiago de Chile, Editorial Zig-Zag. 195.